

MARÍA DEL CARMEN CALVO

ESPAÑA Y LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS EN EL QUINQUENIO 1630-1635*

Para el estudio de este período crucial, 1630-1635, ninguna fuente más completa que la proporcionada por las Consultas del Consejo de Estado y Minutas de Despachos con toda la correspondencia mantenida desde Madrid con el Imperio y con todas las provincias de la soberanía española. En ellas se ven reflejados los vaivenes de la política, los problemas por ellos provocados, las reacciones y luchas del Consejo de Estado, las deliberaciones y la decisión final.

PRIMERA PARTE.—LA POLÍTICA DEFENSIVA DE ESPAÑA

I. *Situación europea al advenimiento de Gustavo Adolfo de Suecia.*

Cuando el rey sueco desembarcó en las costas de Pomerania, el emperador, Fernando II, se creía dueño de la situación después de las victorias que le había obtenido el general Wallenstein. Había promulgado el impopular Edicto de Restitución de bienes incautados por los protestantes y esperaba la elección de su hijo como rey de Romanos y heredero de la corona.

España, íntimamente vinculada al Imperio por múltiples lazos, se vio envuelta en la guerra. Felipe IV no pudo desentenderse de ella, ni tampoco quiso. La unión entre las dos ramas de la Casa de Austria, hacía ver como comunes los problemas alemanes. Sin embargo, en Alemania no obraron recíprocamente. Para España era asunto vital la cuestión de los Países Bajos y su mantenimiento como provincia, y la guerra mantenida con los holandeses

* En estas páginas sintetizo algunos aspectos de mi trabajo, *Política exterior de España durante la época de Gustavo Adolfo* (Valencia, 1962). Este artículo va sin notas. Todas las afirmaciones que en él se hacen quedan debidamente justificadas en el trabajo de referencia.

rebeldes era una ruina y un descalabro constante, que los Austrias alemanes parecían ignorar.

Y era Francia quien iba a beneficiarse de esta situación. Estaba dirigida por la inteligencia aguda y la mano firme del Cardenal Richelieu. Este político había hallado un país dividido y revuelto, y no contento con pacificarlo interiormente, se propuso situarlo a la cabeza de Europa sin detenerse ante ningún medio para conseguirlo. En el momento oportuno apareció el rey de Suecia en la escena europea y el Cardenal se apresuró a utilizar su fuerza todavía en potencia.

Gustavo Adolfo también había realizado una gran obra en su país. Al subir al trono, Suecia permanecía al margen del resto de Europa, y la obra del monarca consistió en elevar su nivel hasta alcanzar y sobrepasar incluso, en algunos aspectos, el de los demás países europeos.

Alemania, España, Francia y Suecia, son los cuatro grandes protagonistas de los sucesos de estos años. El resto de naciones y pequeños estados estaban tan ligados y dependientes de uno u otro de ellos, que sólo nos interesan a través de su dependencia. Y de modo especial vamos a destacar los que se movían en la órbita de España.

Fuera del contorno peninsular, España poseía extensos dominios. En Italia le pertenecían el reino de Nápoles, el ducado de Milán y Sicilia; los Estados de Flandes, en el Norte de Europa, y una serie de pequeños territorios que constituían el llamado "Camino de los españoles" y servían de enlace entre Italia y Países Bajos.

Toda esta compleja máquina de posesiones era considerada como parte integrante de España. Un flamenco era para el hombre de entonces, tan español como un sevillano. Y no era obstáculo para ello, ni la diversidad humana y psicológica, ni la dificultad enorme en las comunicaciones. Sólo esto bastaría para explicar el interés por la conservación de tan vastos territorios. Pero había otras razones. Las posesiones de Italia pertenecían a la corona española desde siglos atrás. Estaban, pues, fuertemente radicadas a ella. Los estados de Flandes eran económicamente interesantes. Y la serie de territorios que formaban el "Camino de los españoles" tenían un extraordinario valor estratégico por ser el enlace entre Italia y Países Bajos.

Y el hecho de que en estos Países Bajos es donde existía mayor agitación y peligro, hacía que los ojos de todos estuviesen puestos en ellos. La situación interna era mala; comercio en decadencia, revoluciones religiosas, asaltos de la piratería holandesa. La vida política era original. Coexistía el absolutismo real junto a las autonomías provinciales. Los altos funcionarios eran españoles, y los que no lo eran de nacimiento, lo eran de sentimiento, como el Presidente del Consejo de Estado, Pedro Roose. El Consejo de Estado, prácticamente inexistente, fue reemplazado por Juntas. La Infanta Isabel Clara Eugenia, tía de Felipe IV, gobernaba desde 1621 con muy buena voluntad, pero no siempre con tan buen acierto. Nada hacía por iniciativa propia y la dificultad de las comunicaciones agravaba los problemas. Cualquier decisión

tenía que ir a España, discutirse allí en el Consejo de Estado y volver de nuevo a Bruselas. De este modo perdían oportunidad.

En 1630, el Marqués de Aytona sucedió en el gobierno al Marqués de la Cueva con el cargo de gobernador y Capitán General. Aytona era un hombre leal, honrado y hábil político, en quien el rey tenía confianza plena que jamás defraudó el Marqués. Y su actuación no fue fácil. Olivares había reanudado la guerra con los holandeses al expirar la Tregua que pactara con ellos Felipe III en 1609, y para justificar su actitud había dicho al rey: "Es Vuestra Majestad el principal apoyo y defensa de la Religión Católica y por esto ha roto la guerra con los holandeses y con los demás enemigos de la Iglesia que los asisten, y la principal obligación de Vuestra Majestad es defenderse y ofenderlos."

Ante las consecuencias desastrosas de esta nueva guerra, el gobierno español se vio en la necesidad de intentar una nueva tregua difícil de conseguir de un enemigo que llevaba las de ganar. No obstante, en 1629 las negociaciones estaban próximas a concluirse, lo que movió al Cardenal Richelieu a intervenir adelantándose a firmar él una Tregua con los holandeses, a los que ofreció una buena suma de dinero para que prosiguiesen la guerra con España.

A partir de este momento, sin desdeñar las negociaciones, los holandeses dieron mayor incremento a sus armas y en este mismo año obtuvieron la conquista de Pernambuco, puerta abierta a un posible desastre en la India, y pérdida muy sensible a la corona española. Y lucharon con la ventaja de saberse respaldados por Francia, en tanto que los españoles tenían que afrontar la guerra sin hallar en el Emperador el apoyo que esperaban. En Holanda consumió España cantidades enormes de tropas y dinero, tiempo y energías de una manera enteramente inútil.

De todo esto se deduce que era necesario un camino breve, fácil y seguro (todo dentro de las posibilidades que ofrecían las comunicaciones en el siglo XVII) para cubrir la distancia Flandes-Milán, ya que cruzar por Francia ofrecía serias dificultades. Y se comprende el interés apasionado de los españoles por asegurar los países que formaban los jalones de este viaje. Estos jalones eran los siguientes: De Milán al Franco Condado por Saboya o por la Valtelina, y de allí, por el Palatinado y Lorena a Luxemburgo y a Bruselas. Este itinerario fue utilizado sin dificultad durante todo el siglo XVI. A principios del XVII empezaron las dificultades en estos pasajes. Richelieu sabía que si lograba estrangular este camino, sería un éxito notable para su política. En estos pasos iba, pues, a desarrollarse una gran parte de las escaramuzas entre Francia y España.

Saboya, que por su posición no podía ser neutral, se inclinó de parte de España hasta 1630, mientras fue gobernada por Carlos Alberto. Suiza tenía en su territorio los llamados Pasos de la Valtelina, único enlace natural entre Italia y los países germánicos. Francia intentaba perturbarlo aprovechando las reyertas entre los habitantes de la Valtelina y los Grisones, de diferente

religión. Por la paz de Monzón se puso fin a estas guerras, dando paso libre a las tropas austríacas y españolas.

Desde el Franco Condado, que pertenecía a España, hasta Bruselas existían dos posibilidades de paso: el Palatinado y Lorena. El Palatinado, había sido repartido por el Emperador entre España y Baviera, después de la rebelión de su propietario, el Conde Federico Palatino. Pero como formaba parte del Imperio, el Emperador podía disponer de él y parecía dispuesto a restituirlo a su antiguo dueño, si éste se sometía a unas condiciones mínimas. Maximiliano de Baviera, que además había recibido la dignidad de Elector, no estaba dispuesto a renunciar a ella y Richelieu le ofrecía ayuda para que saliese elegido Rey de Romanos y futuro Emperador. Si Maximiliano llegaba algún día a esta dignidad, la debería al Cardenal y por lo tanto dejaría de obrar como amigo de los españoles. Por eso, Olivares procuraba apoyar a Federico Palatino, a fin de tenerle propicio, y con gran habilidad le hacía servir como pieza de un doble juego. Pues el conde Palatino era pariente del rey de Inglaterra, que se hallaba enemistado con Francia. Ayudando a Federico Palatino, Olivares inició unas negociaciones con los ingleses esperando obtener de ellos apoyo marítimo para hacer su viaje a Flandes por mar a cambio de la restitución del Palatinado. Estas negociaciones corrían paralelas a las llevadas a cabo por el Emperador para obtener su apoyo en caso de necesitar paso por Alemania. En estas negociaciones con Inglaterra triunfó la sagacidad de Olivares, y por medio de Rubens, de parte de España, y de Cottington, de parte de Inglaterra, se firmó un tratado de paz y ayuda, en que la cuestión del Palatinado quedaba intacta para posteriores convenios.

El otro lugar de paso era Lorena, uno de los Estados más desgraciados y castigados durante estos años. En una posición geográficamente estratégica y siempre propenso a tomar el partido de los Austrias, estorbaba las relaciones de Francia con los protestantes. Estado débil, necesitaba el apoyo de algún poderoso. El Emperador intentaba atraerle a una Liga y Carlos de Lorena exigió hombres y dinero, pues en caso de conflicto armado, su país llevaría las de perder. Y Olivares y Aytona aconsejaron al Emperador que accediese a las demandas de Lorena, que si por cualquier contratiempo pasaba a depender de Richelieu, Francia y Alemania quedarían en roce directo y peligroso.

Como es fácil comprender, la política exterior de España tenía que estar forzosamente vinculada a su política interna. Y considero interna también la de todas sus posesiones repartidas por Europa. El punto principal de la política exterior era el Imperio. España compartía tradicionalmente sus vicisitudes y le ayudaba con hombres y dinero. Esta lealtad al Imperio, aunque no siempre era enteramente desinteresada, costó muchos hombres y dinero al pueblo español.

El otro punto clave de la política exterior, eran las relaciones con Francia. Oficialmente eran amistosas. Pero Richelieu sabía explotar este tipo de

relaciones que le hacían permanecer neutral en las contiendas y ayudar solapadamente a quien le convenía y perjudicar a sus contrarios sin mover ningún ejército. Y así, la opinión común de todos los españoles de esta época, es que, a pesar de la amistad oficial, no había perjuicio en España que no se debiese a Richelieu, que era considerado el más peligroso enemigo. En 1630 España tenía como embajador ordinario en Francia al Marqués de Mirabel, hombre inteligente y sagaz, que intentaba sacar partido de las disensiones entre la familia real y Richelieu. El hermano de Luis XIII, Gastón de Orleans, o "*Monsieur*", como le llamaban los españoles, conspiraba secundado por su madre, contra el gobierno del Cardenal, y en España intentaban apoyar su actitud y darle envergadura como forma de "entretener" la política de Richelieu. Pero Gastón era un vulgar intrigante, que no tardaría en defraudar a sus aliados.

Una figura que también intervino en la política de esta época fue el Papa Urbano VIII, decidido partidario de las ideas de Richelieu contra la preponderancia de los Habsburgos. Ayudar estas ideas, significaba aliarse con los protestantes y su actitud desconcertaba a los españoles que veían lógico que la cabeza de la cristiandad apoyara al Imperio como católico. En realidad, el Papa permanecía neutral, pero sus simpatías manifiestas causaban asombro e indignación en España, y las relaciones con él eran más bien tirantes.

Con los demás países europeos y en relación con la guerra, España mantuvo diferentes contactos. Y mediaban buenas relaciones con Inglaterra, como ya vimos, con Maximiliano de Baviera y con Polonia.

II. *La ofensiva diplomática de Richelieu.*

El objetivo del Cardenal Richelieu era la hegemonía de Francia en Europa a costa de poner fin a la hegemonía austríaca. Una guerra, que hubiese sido el procedimiento más directo, no estaba el país en condiciones de afrontarla. Por eso el Cardenal eligió el camino de la diplomacia en el que se reveló consumado maestro.

En 1630, y ante la presión de sus vasallos, el Emperador convocó la Dieta en Ratisbona. A él sólo le interesaba zanjar la cuestión religiosa y conseguir que su hijo fuese elegido Rey de Romanos. Los protestantes habían acudido a la Dieta disgustados por el Edicto de Restitución, especialmente el duque de Sajonia, que a pesar de ser luterano, había ayudado al Emperador y ahora se veía perjudicado por el Edicto.

Richelieu envió a la Dieta con plenos poderes a Brulart, que no era más que la pantalla de su verdadera persona de confianza: el Padre José, un fraile que iba como asesor teológico y es quien en realidad debía jugar un importante papel. Este fraile supo sembrar el descontento entre los electores y fomentó su aversión a que se estabilizase la dignidad imperial en los Austrias. Al Archiduque Leopoldo y al duque de Baviera, les ofreció elegirles Rey de Romanos, si ellos se comprometían a colaborar en la destitución de

Wallenstein. Este general se había hecho temible con sus victorias y mientras el Emperador contase con su ayuda, estaría sostenido militarmente.

España llevó a la Dieta sus propios intereses: las cuestiones de la paz de Italia, del Palatinado y Holanda. Ninguna conclusión de la Dieta resultó favorable a estos puntos y Olivares se indignó de la indiferencia del Emperador, que atribuyó "a su indigna mendigación de votos para su hijo". No andaba descaminado, pues el Emperador, compró la promesa de futuros votos al precio de la destitución de su mejor general que le dejaba inerte para el futuro.

Y en este momento crucial, empujado por la mano de Richelieu, hizo su aparición en la escena política la gran figura del rey sueco.

Gustavo Adolfo era hábil político, prudente y enérgico, como lo demostró en la organización que supo dar a su país pobre y decaído, elevándolo a un nivel superior. Desde sus Estados seguía con interés las discordias europeas. En su ánimo pesaban diversas ideas. Por un lado deseaba intervenir en favor de los protestantes; por otro lado, el rey Segismundo de Polonia, le disputaba el trono como legítimo heredero, apoyado en sus pretensiones por el Emperador y España. Y habían llegado a sus oídos las noticias de que Wallenstein pensaba invadir su país. Esto hacía que no fuera prudente abandonarlo. Gustavo Adolfo, a pesar de su esperanzador ejército, aún temía la guerra en su propio suelo y, sobre todo, temía a los famosos tercios españoles en batalla.

En estas indecisiones un empujón cualquiera bastaba para decidirle a obrar. Y el momento crítico supo aprovecharlo la sagacidad de Richelieu. El Cardenal sabía que las tropas del Imperio, exhaustas ya, no podrían oponerle eficaz resistencia. Y si Gustavo Adolfo se decidía a invadir el Imperio, correría peligro Europa entera. Entonces decidió aprovechar la fuerza temible del sueco y canalizarla en su propio provecho, aliándose con él. Dos ventajas podría obtener: que Gustavo Adolfo permanecería fiel a la alianza francesa; y derribaría el poder de los Austrias sin que París tuviera que intervenir directamente.

Pronto llegó a un acuerdo con Gustavo Adolfo, al que ofreció generosa ayuda de hombres y dinero. Y como resultado de ella, el rey sueco desembarcó en las costas de Pomerania a mediados de 1630, al mismo tiempo que la Dieta de Ratisbona decidía el destierro de Wallenstein. Los electores, sin saberlo, acababan de tomar una decisión suicida.

Después de obligar al Duque de Pomerania a firmar un pacto con él, Gustavo Adolfo comenzó sus rápidas conquistas. Al Emperador, que le envió mensajes alarmados, mandó decir que se retiraría a Suecia si devolvía la libertad y el dinero gastado en la guerra a los protestantes. Quizá suponía que Fernando no podía hacer esto, que significaba volverse atrás dando la razón a los protestantes y revocar el Edicto de Restitución. No le quedaba más remedio que presentarle batalla. Era una necesidad terrible dada la situación del ejército imperial frente al sueco, mucho más numeroso y disciplinado.

Richelieu, esperanzado, prosiguió las negociaciones que culminaron con el Tratado de Barwalde (23 enero 1631). Por él se unían ambos países para amparar a los comunes amigos y a los oprimidos por el Imperio, para defender la seguridad del Báltico y la libertad de comercio y para restituir por la fuerza todas las cosas al estado que tenían antes de la guerra. Para lo que Gustavo Adolfo llevaría hasta Alemania 30.000 hombres y 6.000 caballos y Francia le ayudaría con un millón de libras al año. Este Tratado quedaba abierto a otros Príncipes; en mayo del mismo año se adhirió Holanda suministrando 50.000 gueldres. Richelieu deseaba que permaneciese secreto, pero Gustavo Adolfo se encargó de divulgarlo para dar ánimos a los protestantes.

III. *El predominio militar de Gustavo Adolfo.*

Los ejércitos de Gustavo Adolfo irrumpieron victoriosamente en el norte de Europa. Richelieu le había impulsado pensando servirse de él y controlar sus conquistas, pero el rey sueco había empezado a obrar por cuenta propia. La lista de sus conquistas sería larga de enumerar. Unió a sus triunfos militares las actividades diplomáticas, atrayendo a su causa a los duques de Brandeburgo y de Sajonia. En septiembre de 1631 derrotó a los ejércitos de Tili en Breitenfeld. A finales de año, atravesó el Rhin tomando Openheim, Manheim, Helbroon y otras plazas, concediendo privilegios a los protestantes por doquiera y devastando las tierras del Imperio.

Cuando se apoderó de Inglostadt, Richelieu le recordó la neutralidad de Baviera sin que el sueco prestase atención, sino que prosiguió conquistando Augsburgo y Munich. Las cláusulas del Tratado de Barwalde eran incumplidas y el Cardenal, intentando atajarle empezaba también a depender de él. "El rey godo va demasiado allá y hay que poner coto a sus avances", exclamó Luis XIII. Pero esto iba a ser obra del azar.

En España, al principio no habían prestado demasiada atención a las conquistas de Gustavo Adolfo. Pero pronto esta indiferencia se convertiría en temor que incrementaba la pasión contra Richelieu, instigador de sus conquistas. La figura del rey sueco, sin embargo, casi aparecía aureolada de gloria. Se admiraba su valor y su aparente invencibilidad. Por su diferente religión no se pensó nunca en atraerle a ningún pacto, que era la solución preferida de Olivares. Y tomada una actitud ofensiva, el Consejo de Estado determinó necesarios los siguientes puntos:

a) Estrechar la unión con el Emperador. Ante la amenaza de los ejércitos de Gustavo Adolfo, España veía en peligro sus Estados de Flandes y el Palatinado. Ayudar al Emperador a detenerlo era ayudarse a sí propio, de forma que era urgente hacerlo. Pero la mayor ambición era llegar a una unión estable y sólida con Alemania, que tuviera un neto carácter antifrancés.

b) "Abrir los brazos a Baviera". Que a pesar de su alianza con Francia siempre quiso estar bien con el Emperador. Y estaba en situación ambigua, pues el ejército imperial o de la Liga Católica estaba bajo el mando de Tili,

a sus órdenes directas, y Maximiliano se veía comprometido entre su pacto que le obligaba a guardar neutralidad con el sueco, y la necesidad de hacerle frente a la vez como súbdito imperial. Las indecisiones terminaron pronto cuando el propio Gustavo rompió lo tratado, apoderándose de ciudades bávaras. En Madrid recelaban extraordinariamente del Duque. Pero las suspicacias fueron dando paso a una mayor comprensión ante los acontecimientos y la manifiesta buena voluntad de Maximiliano.

c) Procurar un ataque directo a Suecia. Era un deseo un poco quimérico de Olivares como medio de distraer al rey en sus conquistas. No pasó de proyecto, pues el mismo Olivares comprendió lo irrealizable de él. Es curioso que por esta época recibió el Conde Duque una invitación para formar parte de un complot para asesinar a Gustavo. Se trataba de unos asesinos a sueldo y la invitación venía por medio del confesor de la reina de Hungría, que la consideraba lícita por tratarse de tan gran hereje como era el sueco. El Consejo de Estado resolvió que matarle no era acción "digna ni decente".

d) Pedir ayuda al Papa. Olivares veía lógico que el Papa ayudase a la guerra contra el sueco por tratarse de una guerra con matiz religioso. Ya vimos lo que Urbano pensaba de esto. Sin embargo, nunca dejó de escuchar a los Cardenales españoles, ni de enviar ayuda para la guerra. Pero en España pedían más. Querían que el Papa se comprometiese a no ayudar a los amigos del sueco (léase franceses) y a entrar en la Liga del Imperio y España. Esto era otra cuestión y el Papa se negó con diversos pretextos.

A pesar de estas actividades frente a Gustavo Adolfo, no era esta la parte esencial de la política española. España tenía sus verdaderos intereses en Flandes, frente a los holandeses. Y las conquistas de los suecos no hacían más que entorpecer y entretenerlos de su verdadero objetivo.

IV. *La rotura del Camino de los Españoles.*

Mientras Gustavo Adolfo ocupaba Alemania y dejaba los planes de Richelieu para seguir los suyos propios, el Cardenal intentaba "darse la mano con él" para acercarse al Imperio y a la vez romper el camino de España a Flandes. Para ello se apoderó de Lorena, aprovechando los sobrados motivos que le daban las maniobras del duque de Orleáns; agitó los Países Bajos con varias conspiraciones, y aumentó sus ayudas a Holanda.

Con Lorena resultó fácil. Gastón de Orleáns, al ver el revuelo que había ocasionado su boda con Margarita, huyó, abandonándola en un convento. El duque Carlos veía con temor que entre las tropas de Gustavo Adolfo, que estaban junto a sus estados, y Francia que clamaba contra la boda, iba a quedar ahogado. Con un pequeño ejército pasó el Rhin y permitió que las tropas imperiales fortificasen Metz para defenderla. La respuesta de los franceses no se hizo esperar, apoderándose de Metz. Y el duque, rodeado de suecos y franceses y con escasas esperanzas de ayuda imperial, ante la alternativa de verse absorbido o ponerse bajo la protección francesa, optó por

esto último. Con este compromiso, en Madrid ya no podía contar con el duque, y, además, Flandes quedaba aislado.

La situación de Flandes empezaba a ser verdaderamente comprometida. Y el gobierno de la Infanta Isabel dejaba también mucho que desear. La Infanta era inteligente y recta, pero demasiado bondadosa y dependiente de los consejos que le llegaban de Madrid con desesperante lentitud. La Infanta reclamaba ayuda para gobernar desde que Gustavo Adolfo comenzó a invadir el Imperio, y sus peticiones coincidieron con los deseos de Felipe IV. Y la persona elegida para ir a Flandes fue el Cardenal Infante don Fernando, hermano menor de Felipe y figura interesante. Sin embargo, hasta que Fernando llegase a Flandes habían de transcurrir cuatro años de trámites y preparativos. El año 1631 se hizo pública la decisión y el año siguiente marchó a Barcelona a presidir las Cortes e iniciarse en los secretos del buen gobernar.

Durante su estancia en Barcelona tuvieron lugar en Flandes una serie de conspiraciones y agitaciones políticas. De las dos principales, una de ellas fue provocada por los holandeses y la otra por el Cardenal. Perturbaciones de este tipo eran frecuentes, pero nunca fueron tan hondas como hubiese necesitado Richelieu; la prueba es que todas fracasaron. Además, ninguna nació por ideales, sino por dinero o por ambiciones personales.

Por eso Richelieu abandonó este sistema. Lorena y Gastón de Orleáns requerían mayor atención. Gastón comprendió lo desairado de su postura de refugiado en Flandes, y aprovechando una grave enfermedad de su hermano, el rey de Francia, comenzó a ofrecer sus servicios a España especulando con su futura sucesión al trono. Y prometió que cuando fuese rey dejaría de ayudar a los holandeses en contra de España y volvería las cosas de Italia al estado que tenían antes de los tratados de Cherasco. A programa tan tentador, pareció oportuno en Madrid prestar atención. Pero Olivares, que ya conocía al duque, aconsejó obrar siempre como si Gastón "hubiese de desbaratarlo todo" en un momento.

A pesar de todo, el duque de Orleáns obtuvo ayuda de España y de la Infanta y pasó a Lorena a reunirse con Montmorency con el objeto de dar una batida en el Languedoc. Asoló algunas villas en su camino presentándose como un oprimido y Richelieu empezó a temer que el pueblo, siempre sentimental, se pusiera de su parte. Y promulgó un Edicto penando con la muerte a los que le favorecieran. Además le salió al encuentro con un pequeño ejército. Gastón, viendo que su hermano había sanado de su enfermedad y que llevaba las de perder, se rindió sin condiciones. Él sabía que como hermano del rey no iba a sucederle nada. En efecto, el duque de Montmorency, que le acompañaba, fue públicamente ejecutado para escarmiento de revoltosos, pagando por todos.

Gastón, acobardado por el triste fin de la aventura, lanzó un manifiesto justificándose y en Madrid lamentaron una vez más la excesiva confianza puesta en persona tan indigna de ella. La rotura definitiva del Camino de

los Españoles iba a tardar un año en consumarse, pero la suerte ya estaba echada.

V. *Inconsistencia y fracaso de la política española.*

La idea fija de Olivares era formar un bloque de países unidos frente al Cardenal. Y siguiendo esta idea dispersó sus esfuerzos al dividirlos en una gran cantidad de problemas alejados unos de otros y sin más vínculo común que el deseo de unión. Uno tras otro vería fracasar sus planes y este fracaso hizo nacer una nueva idea: cuando no se puede esperar nada de la unión, hay que defenderse a solas.

El fallo principal era el propio Emperador. Él también deseaba una unión sólida ratificada por una Liga. Pero los intereses privados de cada una de las partes impedían que ésta se llevase a cabo. Olivares consideraba indispensable terminar con la cuestión holandesa, pero sin ayuda no era posible. Esta ayuda se ponía como condición precisa ante el Emperador, que no quería verse envuelto en una guerra que no le atañía directamente. Bastantes guerras y conflictos le consumían el Imperio.

Sin embargo, la cuestión de Holanda podía enfocarse desde otro ángulo. Tratando directamente con los propios holandeses. Eran considerados rebeldes y la actitud consecuente debía ser someter y no pactar. Pero la amarga realidad no dejaba lugar a dudas. Holanda no podía ser sometida por la fuerza. Y Olivares intentó obtener otra tregua semejante a la rota por él en 1621. Una tregua que acabase con la guerra insostenible aun a costa de concesiones que le repugnaba hacer. Esta tregua quizá hubiese sido factible varios años antes. En la situación presente era una quimera. Los holandeses sabían que si España se sintiera fuerte para exigir condiciones las hubiera impuesto por las armas. En el caso presente se sabían los más fuertes. Si la guerra proseguía las ventajas eran para ellos. Si se hacía tregua, ellos eran los que estaban en condiciones de exigir.

Las cosas habían llegado a tal extremo que Olivares juzgó que era el momento de aceptar cualquier propuesta que fuese "un poco decente". Pero cuando Olivares llegó a esta conclusión era demasiado tarde, pues ya los holandeses habían llegado a la contraria.

La Infanta envió a Rubens a negociar ante el Príncipe de Orange, pero la intervención del pintor fue desafortunada y estéril. De forma que prosiguió la guerra y el año 1632 fue malo para España en todos los aspectos. Además de las plazas que se perdieron por la traición del conde de Berghes, los holandeses sitiaron Maestricht, que tuvo que capitular el 22 de agosto. Y después de esta sensible pérdida siguieron otras: Limbourg, Franquemont y alguna de menor importancia. Aytona recomendó aceptar una tregua a cualquier precio "aunque haya de pasarse por graves indecencias". Pero los holandeses prefirieron continuar la guerra.

Y tratándose de guerra, Olivares sólo veía un general capaz de vencer siempre. Este era Wallenstein. La audacia del Conde Duque llegó hasta intentar atraer al orgulloso militar. Y apenas se reconcilió con el Emperador, para interesarle en el negocio de Holanda le prometió Frisia, en cuanto la tomase por las armas. Wallenstein hizo vagas promesas que nunca cumplió y más adelante, sus frecuentes rozamientos con los ejércitos del duque de Feria le indispusieron con España.

A mediados de 1632 y coincidiendo con la máxima pujanza de Gustavo Adolfo, España considera el fracaso de la política del Conde Duque. No podía ser de otra manera. Olivares estaba a merced de unos y otros; remaba contra corriente. Tenía que defenderse de numerosos enemigos y no encontraba ayuda de nadie. Tampoco ofrecía una situación como para arrimarse a ella. En Madrid comprendieron que había llegado la ocasión de bastarse a sí mismos. Esta idea no surgió de repente, se acariciaba tiempo atrás y las circunstancias la precipitaron. Sucesos posteriores demostrarían su eficacia. Tanto, que hasta el propio Richelieu, que respiró tranquilo a la muerte de Gustavo Adolfo, tuvo que recurrir a su vez a remedios extremos: la guerra, para evitar que los ejércitos del Cardenal Infante desbaratasen en poco tiempo su medida política.

SEGUNDA PARTE.—LA POLÍTICA INDEPENDIENTE DE ESPAÑA

I. *Lo inesperado: Lutzen.*

A mediados de 1632 la situación europea había llegado a un punto crítico. Ante el arrollador avance de Gustavo Adolfo parecía mezquino cualquier interés que no fuera intentar contenerle. Hasta el mismo Richelieu, que había alentado su invasión, se veía incapaz para dirigirla y menos, ponerle término. ¿Qué hubiera sido el mapa de Europa si la muerte no hubiera venido a cortar su carrera? Observando un mapa de este momento es como se aprecia en toda su hondura la tragedia del Imperio. Entre ciudades conquistadas y ciudades puestas bajo su protección, más de media Europa era suya.

En abril de este año tuvo lugar la desafortunada batalla de Lech, donde el Emperador perdió a su más veterano y fiel general: Tili. Pero ya había quien le sustituyese con ventaja: el propio Wallenstein, que al fin había aceptado hacerse cargo del ejército imperial. Gustavo Adolfo era genial, pero Wallenstein no lo era menos y, quizá con un poco de petulancia, había dicho al tomar las armas, refiriéndose al rey sueco: "Dentro de poco ya no hablará más". El orgullo de vencer al invencible...

Sin embargo, muchos historiadores, y sobre todo los contemporáneos, le acusan ya de llevar una actitud sospechosa. Mientras negociaba una paz con Arnim, el general de Sajonia, demoraba enviar socorros a Baviera, hostigada por los suecos. Por entonces tomó algunas plazas y Gustavo Adolfo, deseando,

al parecer, desquitarse de estas pérdidas se dispuso a presentar batalla en Sajonia, cerca de Lutzen.

Esta batalla, que costó la vida al rey de Suecia, es uno de los hechos más memorables de estas guerras. Aquí se enfrentaron los dos caudillos en una especie de duelo a muerte y la suerte, no la pericia, dio la victoria a Wallenstein. La batalla fue breve y dura, y el rey de Suecia recibió una bala perdida en un brazo que le hizo caer, y en el suelo murió acribillado sin que nadie le reconociera hasta varias horas después. El resultado de la batalla fue adverso a Wallenstein, pero ya no importaba. El ejército sueco se rehizo y nombraron jefe a Bernardo de Weimar. En apariencia nada había cambiado, pero, sin embargo, la balanza ya estaba inclinada nuevamente de lado del Emperador.

El Imperio había perdido un temible enemigo y ganado un prestigioso general. Los protestantes habían dejado de ser un peligro. También para España fue ventajosa la actual situación. El Emperador ya no precisaba ayudas excesivas y un incipiente ejército al mando de Córdoba podía muy bien pasar a Holanda. También los duques de Lorena y Baviera se creyeron seguros confiando otra vez en el Emperador.

Esta situación favorable a los Austrias, no podía dejar de inquietar a Richelieu. Se encontraba ante la alternativa de recomenzar su política de intrigas o declarar la guerra. Esta última solución no le convenía ante el giro tomado por las armas del Emperador. Además el duque de Orleans se hallaba refugiado en España y convenía hacerle regresar a París. El Cardenal prefirió continuar su táctica anterior y se apresuró a reforzar la amistad con Suecia. Gustavo Adolfo había dejado una hija: Cristina, menor de edad. El gobierno del país estaba a cargo de Oxenstierna, ante el que envió embajadores para renovar la alianza franco-sueca. El Cardenal sospechaba que Suecia sin Gustavo Adolfo ya no sería nunca lo que fue, pero le interesaba ser el primero en ganar su amistad.

II. *El gran proyecto del Conde Duque.*

Olivares era muy partidario de la paz y de los remedios amistosos en el desenvolvimiento de su política. Ya se ha podido ver cómo toda ella giraba en torno de uniones y alianzas que pudieran garantizarla. Pero los acontecimientos de los últimos años le demostraron que por este camino terminaría siendo absorbido por las ambiciones de unos y otros. Desde la Dieta de Ratisbona se había perdido mucho, y después de la muerte de Gustavo Adolfo, en España temían que Richelieu acabase provocando una nueva guerra. Si esto sucedía, ¿con qué aliados cabría contar? Lo más positivo sería obrar por cuenta propia. Y antes que esperar ayudas problemáticas de aliados más o menos dispuestos a darlas, era preferible organizar un ejército propio que obrase por cuenta de España. Esta idea no era nueva en la mente del

Conde Duque, pero requería elaborarse y madurar. Los primeros intentos de este ejército datan de 1631, cuando al vencer Gustavo Adolfo en la batalla de Breitenfield, puso en grave peligro los Estados del Archiduque Leopoldo. Este se dirigió a Feria, gobernador de Milán, que juzgó como única solución posible la formación de un discreto ejército.

En Madrid acogieron la idea con agrado y al poco tiempo se formó, al mando de Gonzalo de Córdoba, con el objeto principal de defender el Palatinado y atacar al rey de Suecia, si la ocasión se presentaba. Para disimular ante Richelieu los verdaderos móviles de este ejército se anunció oficialmente que Córdoba partía con una embajada para tratar la reconciliación de María de Médicis con su hijo el rey de Francia.

Este ejército pasó pronto a Flandes, pues Olivares llevaba ya adelante otro proyecto más ambicioso. Las conspiraciones atizadas por Richelieu y las conquistas de los holandeses urgían su marcha. Sin embargo, lo largo y peligroso del viaje unido al prestigio del Cardenal Infante, hacían necesario que fuese escoltado por un ejército numeroso y selecto. ¿No podría ser el ejército deseado? Formarlo era asunto de tiempo y Olivares pensó que Fernando pasara a Milán para reclutar unos cien mil hombres por lo menos. Durante el tiempo que durasen las levadas, que sería inevitablemente largo, Aytona se encargaría del gobierno provisional de Flandes.

Como idea diferente a ésta, España proyectaba otro ejército que defendiera los Pasos y estuviera situado en Alsacia. Este ejército debía estar al mando de Feria, que a principios de 1633 ya tenía en su poder las instrucciones para reclutar veinte mil hombres y cuatro mil caballos. Pero la gran idea de Olivares fue la de fundir ambos ejércitos: el del Cardenal Infante y el de Feria. El Cardenal Infante, de veinticuatro años, llegó a Milán sin novedad y a pesar de su juventud empezó a demostrar dotes de militar y organizador superiores a las de Feria y Córdoba. Y cuando Olivares vio las dificultades de formación de su ejército y del de Feria en Alsacia, pensó que sería más rápido y eficaz hacer uno solo de ambos. Feria reclutaría mayor número de hombres del previsto y saldría a preparar el camino al Cardenal Infante.

Organizados los ejércitos con un cúmulo de dificultades faltaba una formalidad que cumplir: pedir permiso al emperador para circular libremente por sus Estados. Sin embargo, esto que parecía sólo un trámite, resultó una penosa negociación al aparecer un obstáculo imprevisto: la oposición de Wallenstein.

III. Actividades diplomáticas.

El año de 1633 fue para España un año de intensa actividad diplomática, pero esta vez no con finalidad pacifista, sino todo lo contrario. Olivares comenzó a poner en práctica el antiguo consejo: "*si vis pacem, para bellum*". Y en plena ejecución de su plan militar comenzó por intentar interesar en él

al emperador, pero dispuesto a prescindir de su ayuda y hasta de su aprobación. La tirantez con Francia era cada vez mayor y la cuestión del duque de Orleáns había llegado a tal punto que el embajador Mirabel tuvo que retirarse y ser sustituido por Benavente. Richelieu acusaba a los españoles de alentar las intrigas del duque y en España, a su vez, le acusaban de fomentárselas en Flandes. Se temía una futura guerra y Olivares estaba dispuesto a tener su ejército preparado para ella.

Como era interesante conseguir el beneplácito imperial, fue destinado a tratar con el emperador un hombre hábil y capaz, el conde de Oñate. Su misión era conseguir una alianza con el Imperio de forma que hubiese un grueso ejército en el Rhin formado entre el Imperio y España, pero al mando de generales españoles. Ya se comprende que este deseo fuese desorbitado a los ojos del emperador. Pero Olivares quería atraerle a su propia política.

Aparte de esta alianza, había que pedir permiso al emperador para que los ejércitos pudiesen cruzar sus Estados. Ya Castañeda había solicitado este permiso, pero lo expuso de forma tan inhábil que el emperador no se avino a las condiciones. Dio a entender que Felipe pretendía enviar un ejército a las órdenes de Feria para defender los pasos y Lorena por cuenta exclusiva de España. Y esperaba que el emperador incrementase estas tropas con tres regimientos tirolenses también al mando de Feria. Dicho de esta forma, aunque reflejaba exactamente el pensamiento de Madrid, no podía presentarse a la aprobación del emperador, porque era probable que no le gustase, como efectivamente, no le gustó. Parecía una intromisión en los asuntos imperiales. Pero la oposición principal vino de Wallenstein, de quien el emperador dependía en los asuntos militares desde el tratado de Znaim. Un ejército que no dependiese de él estaba directamente en contra de las cláusulas del tratado.

Fue esta la primera vez que Wallenstein se enfrentó a España y aquí comenzaron a nacer la hostilidad y desconfianza contra él. Alegó, para explicar su conducta, que se hallaba negociando una paz con los protestantes y la aparición de nuevas tropas perjudicaría sus negociaciones. Castañeda, desalentado ante esta oposición, que juzgó infranqueable, dio el caso por perdido. Pero Oñate no pensaba retroceder tan fácilmente.

Cuando Castañeda comunicó en Madrid la negativa del general, ni el rey ni Olivares acertaron a creerlo. Tanta fe tenían en su ayuda y tanta admiración sentían por él. Y salieron los correos llenos de quejas y explicaciones. Entretanto el Cardenal Infante, intentando deshacer el error de Castañeda, reunió a Oñate, Feria y el Padre Confesor, y entre todos modificaron la fórmula propuesta al emperador diciéndole que en España sólo pretendían un ejército que abriera paso y protegiera el viaje de don Fernando a Flandes, y que siempre estaría a las órdenes de Wallenstein, de modo que no contradecía ningún tratado. La nueva fórmula llegó a manos del emperador al mismo tiempo que Vilani, Gallas y el doctor Navarro abogaban junto al propio Wallenstein. Antes de que Castañeda supiera el resultado de estas negociaciones con el general, se entrevistó con el emperador, y sea que con-

fiaba mucho en el resultado positivo de la gestión, sea que quiso jugárselo todo a una última carta, le dijo a Fernando que Wallenstein estaba conforme y que sólo faltaba su propia ratificación. Muy poco después Castañeda recibió un correo anunciándole que Wallenstein se había opuesto resueltamente a la nueva propuesta. El Cardenal Infante escribió que se debía insistir, y por fin, el emperador se decidió a aceptar y conceder las patentes del ejército, prescindiendo de su general. En apariencia, Madrid había triunfado.

El segundo paso, después de haber conseguido el permiso imperial, fue atraer al duque de Baviera, que a pesar de sus veleidades políticas, siempre se sentía inclinado a los Austrias más que a Francia. Después de su último acuerdo con Richelieu habían cambiado mucho las circunstancias y el duque ofreció explicaciones al emperador. Olivares aprovechó la circunstancia y le envió un emisario, Diego de Saavedra Fajardo, hombre de extraordinarias dotes políticas. Su principal misión consistía en neutralizar la influencia francesa. Debía observar al duque "halagándole, pero sin apretarle". Tacto, sagacidad y habilidad diplomática le sobraban a Saavedra para cumplir su delicada misión. Y una vez en la Corte del duque captó muchos matices de su actitud, comprendió sus quejas y sacó la impresión de que aún se entendía secretamente con Francia, más por temor que por convicciones políticas. Y escribió a Felipe manifestándole que si desde España le ofrecían una real amistad y ayuda seguramente sería fiel aliado. Poco a poco, Saavedra Fajardo consiguió interesar a Maximiliano en la idea del ejército de Alsacia. Se trataba de un ejército independiente de Wallenstein, por quien el duque sentía escasa simpatía, y de una ayuda eficaz para él. La actitud inteligente de Saavedra iba ganando al difícil elector.

IV. *El viaje del Infante don Fernando.*

El ejército de Feria siempre fue insuficiente para la misión que debía desempeñar. Había de formarse otro para el Cardenal Infante, pero antes precaver las dificultades para que Fernando no tropezase donde tropezó Feria. La principal estaba en la oposición de Wallenstein. Este general, en los últimos años de su vida pareció perseguido por un hado siniestro. Su conducta era tan extraña y sospechosa, que excepto Felipe y Olivares todo el mundo recelaba de él. Y los ministros españoles, principalmente Oñate y Castañeda, manifestaban continuamente su inquietud.

Procurando ser objetivos hay que señalar que la política de Madrid era absolutamente opuesta a la de Wallenstein. Una u otra habría de prevalecer y la que lo hiciera sería a costa de la contraria. Y tanto el omnipotente general como los ministros españoles estaban dispuestos a mantener a todo trance sus respectivos puntos de vista. ¿Tuvieron estos ministros la culpa de que Wallenstein se precipitase a la traición impulsado por el despecho de verlos imponerse a viva fuerza? ¿O fue él mismo el que con su conducta ambigua los puso en su contra? Es difícil de contestar. Porque los españoles atentaron

contra su pasión de mando, pero no se debe olvidar que antes que los españoles hicieran esto ya lo había hecho el emperador en Ratisbona. Y Olivares pensó muchas veces en tenerle como aliado y poner los tercios bajo su mando.

Cuando Feria salió en campaña a pesar de su negativa, debió quedar profundamente resentido, pero ¿era este su primer resentimiento? Según los contemporáneos, por entonces ya había empezado sus tratos con los suecos y con Richelieu. Buscaba hacerse rey de Bohemia utilizando el ejército del emperador en provecho propio. Y había comenzado los tratos de paz para no verse obligado a atacar a los que le habían prometido su ayuda.

La oposición sistemática que hizo al ejército de Feria fue el comienzo de las sospechas de Oñate y 'Castañeda. La correspondencia que mantuvieron con Madrid en esta época lo pone de relieve. Le acusan de muchas cosas: suspensión de armas con los suecos para realizar una paz inconveniente, negarse a socorrer a Baviera, no presentar batalla, no permitir a Aldringer que se uniera a los españoles y dejar perder Ratisbona culpando a Feria.

Olivares encargó a Oñate que vigilara al general. Las cosas estaban llegando a un grado en que sus actividades eran manifiestamente contrarias al emperador. Sus actos finales fueron de traidor. Sin embargo, quizá sería interesante haber leído su pensamiento. Desgraciadamente no puede ser.

Los últimos días de su vida, Wallenstein debió vivirlos intensamente. Llamó aparte a los principales generales del emperador para enumerarles los agravios que tenía contra él y les ofreció una gran recompensa si se le unían. Por lo visto, Oñate tuvo conocimiento de esto y comprendió que había que obrar con rapidez. El emperador quedó atemorizado y, a su vez, procuró reunirse con los generales que creía fieles. Y encargó la prisión de Wallenstein con sus cómplices, ordenando dar muerte a quien se resistiera.

El general se enteró de esta orden y decidió adelantar sus proyectos para, en último término, salvar al menos la vida. Momentos de vértigo para todos. De Pilsen se trasladó a Egger, donde se creyó más seguro. La guarnición, que era fiel al emperador, desconocía aún las circunstancias, pero pronto se dieron cuenta de lo que sucedía. En un banquete dado a Wallenstein y a sus principales colaboradores asesinaron a todos. La imaginación y la leyenda han rellenado los sucesos de aquel día con numerosos detalles pintorescos.

La muerte de Wallenstein, igual que la de Gustavo Adolfo, resultó muy oportuna. El emperador se vio libre de su general que casi era su señor. Los españoles, sobre todo, salieron ganando con la desaparición del hombre que se oponía con todas sus fuerzas al desenvolvimiento de su ejército. A partir de este momento entraron en una situación de ventaja.

Ya no había obstáculo que impidiese la salida del Cardenal Infante. Sin embargo, los obligados trámites de la época unidos a la dificultad de muchos preparativos volvieron a retrasar la marcha durante casi todo el año 1633. Y cuando al fin parecía todo preparado, el Infante, de delicada salud, cayó enfermo con accesos de fiebre. En uno de estos accesos le llegó correo de Flandes notificándole la muerte de la Infanta Gobernadora y urgiendo su

marcha. Los Países Bajos atravesaban momentos de crisis. La Infanta' previamente había dejado un despacho secreto en el que nombraba seis gobernadores para caso de su muerte. Aytona, uno de los nombrados, creyó que este gobierno múltiple no sería útil y en Madrid le dieron plenos poderes para que obrase hasta la llegada del Infante.

V. 1634. *El año de las victorias.*

Visto en su conjunto y comparado con recientes sucesos desafortunados, el año 1634 bien puede llamarse el de las victorias para España. Consiguó mucho en poco período de tiempo. Tanto que Richelieu se alarmó.

El emperador, desde la muerte de Wallenstein se sentía como en deuda con los españoles y este momento fue aprovechado para realizar la ansiada alianza con él. Esta alianza se iba a llamar "Liga de la paz y restauración de las violencias y atentados". Como estas "violencias y atentados" provenían de Francia en su mayor parte, era una Liga antifrancesa completamente con "puerta abierta" para todos los que quisieran entrar. En las propuestas que Oñate debía presentar al emperador eran puntos fundamentales: que hubiese un ejército (España ya tenía preparado el suyo con lo que pensaba interesar al emperador en su propia política) y la cabeza de este ejército fuese un general español (que el emperador aceptase esto era puesto en manos de la hábil diplomacia de Oñate). Que los miembros de la Liga se comprometiesen a no ayudar a los enemigos declarados del Imperio. Y que el emperador se comprometiese a ayudar a España contra los holandeses. Ya se comprende cuánto pedían y esperaban desde Madrid. Y cómo la misión de Oñate requería prudencia y habilidad consumadas. Pero el conde las poseía. Y he aquí el resultado de las negociaciones, cristalizadas en una alianza hispano-alemana. La Liga era contra todos los enemigos del Imperio; contaría con un ejército cuya cabeza sería el propio emperador; los miembros de la Liga debían ayudar al que fuera atacado (esto interesaba por lo que se refería a Holanda) y ningún miembro podía tratar con los enemigos de la Liga sin previo acuerdo con ella. Se omitieron las cuestiones religiosas para que pudiesen adherirse Sajonia y Brandeburgo. Y no se nombró a Francia para poder invitar al Papa. En España quedaron satisfechos de la labor de Oñate, que había sacado el máximo partido de las posibilidades existentes.

Y aún se aquilataron más las cosas. Para España, el punto clave, que era el referente a Holanda, había quedado resuelto de un modo vago, y para puntualizar más, obtuvieron del emperador un acuerdo secreto, triunfo de la política española en este momento. Por este acuerdo el emperador se comprometía explícitamente a ayudar con un ejército en Flandes en agradecimiento a los buenos servicios prestados por los españoles. Más no se podía pedir. Con estas ayudas y con el ejército del Cardenal, los españoles ya podían exigir condiciones para una tregua con los holandeses. Pero paralelamente

a estos sucesos, Richelieu negociaba con Holanda. El Cardenal sabía o adivinaba los progresos de los españoles.

Y en abril del mismo año firmó otra alianza con los holandeses, que se comprometían a no pactar con España durante un año a cambio de una ayuda monetaria. Con esto mantenía a España en guerra sin necesidad de declararla.

España, entretanto, buscaba nuevos aliados. Baviera, de momento, no firmó ningún compromiso. Inglaterra, con quien se mantenían negociaciones incesantes, accedió al fin a armar veinte bajeles con el pretexto de asegurar las costas contra los piratas. Una vez en el mar contendrían "alguna posible insolencia de los holandeses". Todo ello siempre que el emperador suspendiese el bando contra el Palatinado.

Todas estas victorias diplomáticas, prepararon el camino al Cardenal Infante para sus futuras victorias militares. Tuvo que renunciar a ser el generalísimo de los ejércitos, pero se resolvió que operase de acuerdo con el rey de Hungría, a los que se unió Carlos de Lorena, que había renunciado a sus Estados en favor de su hermano. También hicieron una adquisición inesperada: el príncipe Thomas de Carignano, de la casa de Saboya, que se ofreció espontáneamente a ponerse a sus órdenes. Acudió a Flandes y allí comenzó a desplegar una gran actividad, organizando una liga antifrancesa con los descontentos de Richelieu. Aytona y Oñate temieron de celo tan indiscreto y procuraron atenuar su actividad.

Entretanto, el Cardenal Infante se hallaba ya en camino. En quince días llegó a las primeras villas del Tirol y poco después a Insbruck. Y en seguida tomó la ciudad de Ratisbona, que Wallenstein había dejado perder. Le ayudaba el rey de Hungría, excelente compañero a quien Saavedra elogiaba con el calificativo de "ángel". A pesar de todo, pronto surgieron los primeros roces. Un nutrido ejército sueco llegó a Bohemia y el rey de Hungría se separó del Infante para socorrerla. Pretendía que don Fernando cubriese Austria con ayuda de Baviera. Pero el Cardenal Infante no quería ser utilizado en provecho de los imperiales; además llevaba órdenes estrictas de pasar a Flandes cuanto antes y siguió su camino. El rey de Hungría exigió su ayuda. Aseguró que esta ayuda sólo le retrasaría brevemente su llegada y una vez socorrida Bohemia él cooperaría con los españoles hasta su muerte. Si no, se separaban ya definitivamente. El Cardenal Infante pidió consejo a Oñate y demás ministros. Todos fueron del parecer de no descontentar al hijo del emperador. Es de suponer que al carácter altanero e independiente de don Fernando costaría gran violencia seguir este consejo. Sin embargo, después de entrevistarse con el duque de Baviera, salió a reunirse con el rey de Hungría.

Se reunió con él junto a los muros de Nordlingen. Allí se desarrolló la batalla más decisiva de aquella época, y para los españoles, más beneficiosa que la de Lutzen, por ser un infante español el principal artífice de ella. Fueron rápidamente derrotados los suecos y hecho prisionero Horn. Los impe-

riales intervinieron cuando la batalla estaba prácticamente ganada y ellos mismos reconocieron todo el mérito al Cardenal Infante. Fue su primer contacto con la guerra y se portó brillantemente. No abandonó su puesto ni un momento y la agudeza de su visión militar asombró a los veteranos que le acompañaban.

España se encontraba en un momento de recuperación. Un ejército victorioso, un general brillante, una unión estrecha con el Imperio y una paz probable con los protestantes. Había sonado el momento de Richelieu y de la guerra hispano-francesa, declarada en mayo de 1635.

